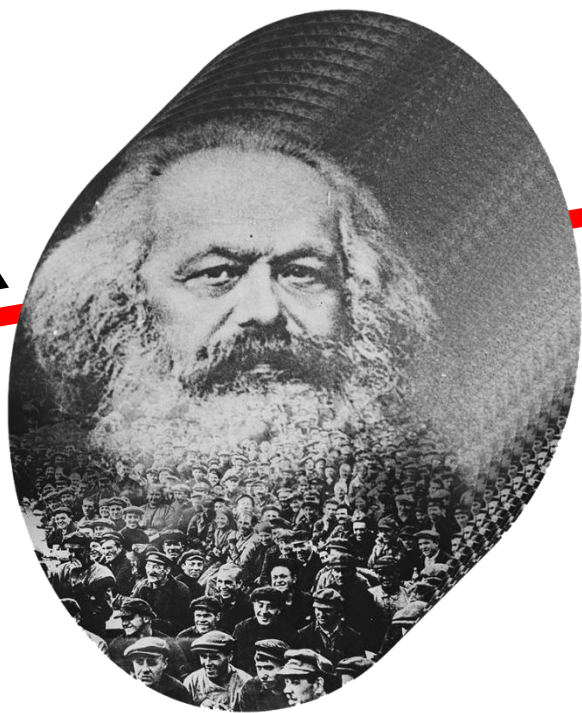


**MARX**



**CONTRA**



*Mesa con vaso de agua y candelabro antiguo. La mesa la preside una bandera comunista. Una silla.*

*El público, dispuesto en forma de U en torno al centro del escenario, como un jurado.*

VOZ (*Suena un mazazo. Desde fuera*): ¡Que entre el acusado!

*Integrado como uno más entre los presentes, entra MARX, con libros y apuntes bajo el brazo. Otea el escenario con escepticismo y firmeza. Deja los libros sobre la mesa y se acerca lentamente hacia la silla. Reposa un brazo sobre ella y dedica una mirada al público; satisfacción y frialdad. Examina de nuevo la escena.*

MARX (*Irónico*): Desde luego, las condiciones son mejores que en Bélgica.

*Deja la chaqueta y se sienta. Queda un momento callado, cara a cara con el público, como tomando fuerzas. Saca una pipa.*

*Encendiendo la pipa.*

Me permitiréis, camaradas...

*Fuma, lo que continuará haciendo de manera intermitente. Hace otra pequeña pausa, con el mismo aire resuelto.*

Dedicué mi vida entera al futuro. Entera. Ahora que he visto el pasado... No puede decirse que fuese lo que yo esperaba. Pero eso nunca se puede saber. Engels y yo jamás vaticinamos nada; no fue, desde luego, nuestra intención. No fuimos ningunos (*con tono burlón*) profetas de la autoconciencia. Suficiente nos tocó lidiar con ellos en nuestro tiempo.

*Pausa. Amargo y vivaz.*

No. Engels y yo descubrimos, desarrollamos, con un vigor científico, cómo los intereses objetivos del proletariado sólo pueden conducirlo a su dictadura, a su gobierno sobre todo lo existente, sobre todo lo viejo. Y diré más: con un vigor científico y, sobre todo, revolucionario. ¡De eso se trataba! La burguesía puso la revolución al servicio de la historia: nosotros debíamos poner la historia al servicio de la revolución. Por primera vez había una base real para ello: ¡la teníamos allí, en frente de nuestros ojos, al otro lado de cada esquina, en las venas del nuevo mundo!

*Breve pausa.*

Por supuesto, las difamaciones y los oprobios de la burguesía no son algo exclusivo de este siglo... Inspirábamos respeto. Ya en nuestros días inspirábamos respeto. Y aunque Friedrich y yo no estuviéramos ya aquí para verlo, ¡llegamos a tener el mundo entre las manos! Es cierto... es cierto que las cosas ya no son como eran.

*Queda un momento pensativo y vuelve a agitarse.*

Pero, ¡por favor!, sería una ingenuidad pensar que todo lo que han calumniado de nosotros no lo calumniaron ya en nuestro tiempo. Por mucho que a uno le quieran estudiar, reinterpretar, dicen, esos plumíferos de la burguesía... Incluso se permiten adularnos: como sociólogos, economistas, filósofos, periodistas...

*Breve pausa.*

Friedrich y yo fuimos mucho más que eso. Fuimos revolucionarios. Por supuesto, eso no entra en los esquemas de la burguesía: ellos pueden tener mil formas para interpretar el mundo, pero ¿necesitan algo más para cambiarlo?

*Breve pausa, pensativo.*

Revolucionarios, sí. Aunque, en fin, ¡eso tendrá que dictarlo la historia! (*Mira hacia el techo, con la vista perdida, y grita con sorna*). ¡Para algo estoy aquí!, ¿no?

*Ríe. Bebe agua. Satisfecho, rumiante.*

¡Pardiez! ¡Reinterpretarnos!... A la burguesía sólo le puede interesar destruir nuestras ideas, eso fue así siempre y siempre será así. Que calumnien... es natural. No es algo malo, en absoluto. En todo caso es... garante de salud (*Ríe*). Es cuando de verdad nos temen que calumnian y se ponen fieros. “¡Si ladran, es que cabalgamos!”, que venía diciendo cierto caballero manchego... No, no. Veréis, camaradas: lo más nocivo que nos puede hacer la burguesía no es calumniarnos, sino tergiversarnos: rebajarnos a su visión del mundo. Si nos abrimos a eso... eso, por otro lado, es síntoma de debilidad.

*Toma un breve descanso para fumar de su pipa. Tose fuertemente.*

Ya estamos otra vez... Tendréis que disculparme esta tos todo este rato...

*Otra breve pausa.*

¡Muchas veces nos han querido hacer ya pasar por profetas, por oráculos del Capital! ¿Dónde queda entonces el proletariado? Primero fueron los Pieper y compañía, y después... oh, siempre en la hora más crucial, siempre en el momento decisivo: mencheviques de toda laya, saboteadores de la revolución; en Rusia, en Alemania, allá donde amenazara la victoria del proletariado, estaban ellos para procurar evitarla hasta el último intento... Y así han gastado todo un siglo, para ahora mirarnos, moribundos tras la batalla, y decirnos: ¿veis como no teníais razón?

*Ríe. Serio. Agitación in crescendo.*

No, no... Ni fuimos profetas, ni fuimos especuladores. Engels y yo demostramos que, por primera vez, los anhelos de libertad más impensables se habían convertido no sólo en una posibilidad sino en un deber, en el deber de la única clase cuyo futuro era de repente el futuro de toda la humanidad: o todo, o nada. O la aniquilación, o la libertad. En esas nos andamos. *(Violento)*. ¡Y por supuesto que teníamos razón! ¡Maldita sea, sacrificamos a la lucha dos vidas destinadas a la comodidad porque sabíamos que estábamos en lo cierto! Tanta razón teníamos, que, dos días, ¡dos días! después de publicar el

Manifiesto, la revolución estallaba en Francia, y los obreros parisinos hicieron saber a la burguesía que ahora su bandera era otra: roja e internacional.

*Suspiro: recuerda...*

Estábamos exaltados, preparados para todo; nuestras palabras se convertían en armas.

*Sin pausa: melancólico, riendo.*

Friedrich estaba obsesionado con la hípica militar. Practicaba como un obseso, “porque la revolución podía llegar en cualquier momento”, decía...

*Ríe. Pausa.*

Y cuando llegó... ¡hubimos de irnos por patas, vaya! Aún éramos jóvenes. Pero el futuro siempre lo es más... Por aquel entonces casi nadie hablaba de nosotros, pero sabíamos que estábamos cambiando la historia. Que estábamos vengando a todos los que se extinguieron en la espera no ya de algo mejor, sino de una vida verdaderamente plena, libre, vivida, igual para toda la humanidad. Y, sobre todo, a los que lucharon. Engels y yo vinimos a decir que luchar por ese fin, ahora de verdad, era el único papel que le correspondía a esa nueva clase; que encontraría la victoria, o la muerte...

*Breve pausa. Sonríe con picardía.*

Pero nunca dijimos que tuviera destinado ganar.

*Animosamente: sufre un ataque de tos, deja la pipa en la mesa, bebe del vaso del agua y se levanta, comenzando a vagar, pensativo, al son de su discurso; deteniéndose a momentos para dirigirse al público de forma más resuelta y volviendo después a un error mediatundo.*

La victoria no puede ser el destino inevitable del proletariado. Todo su potencial, ahora mucho mayor que en mis tiempos, reside precisamente en que debe elegir su destino. Ese es el coste de su liberación: atreverse a conocerla, con todas sus consecuencias. Para conquistar la libertad, el proletariado primero tiene que realizarla, que construirla. ¡Parece un dilema, pero es así! Quizá, vencer al destino se resume a eso: plantar cara a un dilema... Así es la historia. Irónica, pero no tramposa. Engels y yo, y no sólo nosotros, sino toda una generación de revolucionarios, vimos desplazarse una y otra vez al foco de nuestras esperanzas y nuestras certezas. La revolución siempre pareció inminente en Inglaterra... Pareció. Hizo una estancia breve pero gloriosa en Francia. No cabe duda: un país combativo con un proletariado siempre más valiente que sus gobernantes. Mas la nieve roja tampoco terminó por cuajar allí. Alemania: siguiente parada. El sol del comunismo se enrejaba entre los árboles de la Selva Negra. Tanto se dejó madurar que terminó por pudrirse. Aquella clase infinita y fuerte. Aquella vanguardia del proletariado mundial: la socialdemocracia alemana, el partido revolucionario que no hacía la revolución... y que terminó por asesinarla.

*Breve pausa.*



Yo ya no pude verlo con mis propios ojos, ¡y habría dado el mundo por hacerlo! Pero Engels, al final de su vida, en toda su genialidad, ya dejó caer algunas pistas... Rusia. ¡Rusia! Esa vasta estepa presa de la oscuridad, todavía en plena Edad Media cuando el Manifiesto comenzó a circular por todos los caminos de Europa. ¡La tierra de Bakunin! (*Ríe*) ¡Ese, ese sería el hogar de la revolución! Y a partir de entonces, China, ¡Asia entera! El futuro terminó por forjarse al calor de la brisa de Levante... Aquella revolución que habíamos esperado para el mundo civilizado, el Viejo Continente, la Europa de progreso... terminó por prender entre los fondos más bajos del mundo, entre el detrito, la plaga; lo proletario puro. Nosotros confiamos nuestra vida a la revolución, pero nunca a nuestras expectativas, por muy férreas y muy razonables que fuesen. Uno nunca puede confiar la batalla a sus expectativas. Al fin y al cabo, el único destino del proletariado es rebelarse contra su destino. ¡Negatividad, camaradas!

*Ríe.*

Y este dilema dice hasta ahora todo lo que somos. Y, por supuesto, lo que nos queda por ser. En la historia, y en la vida misma (*irónico*) –disculpadme la redundancia–, uno nunca puede gobernarse del todo a sí mismo mientras aún cargue con la maldición de tener que gobernar contra otro. (*Crecientemente agitado*). Mientras esa sea la situación, jamás se puede tener la osadía de cantar victoria. ¡Jamás!

*Queda mirando fijo y tenso al público. De nuevo en calma, exhausto tras tal descarga de energía, vuelve a sentarse en la silla. Sufre un ataque de tos y bebe agua.*

En fin... He visto el pasado y no sé si era lo que yo esperaba, mas sí os diré, camaradas, que contiene todo lo que el futuro necesita.

*Breve pausa. Recoge la pipa, juguetea con ella con las manos, pensativo, pero sin fumar. Levanta la vista y mira muy fijamente al público.*

¿De qué se me acusa? Hoy me planto aquí frente a todos vosotros, frente al mundo entero como mi testigo. Se me ha traído y se me ha dicho (*apelando al público*) que de entre vosotros, que de este jurado, saldrá el verdugo cuando se haya dictado sentencia. Que no se sabe todavía quién será el condenado.

*Irónico.*

Parece que la historia quiere juzgarme.

*Respira hondamente.*

Nadie sabe tampoco cuánto durará este juicio, pero esto no es más que una puesta en escena, un momento diminuto. Nadie sabe quién lo ha convocado; ni siquiera el convocante lo sabe... Yo, por supuesto, tengo mis teorías. Insisto: sólo una puesta en escena. Este juicio está en cada instante que se respira. Nuestra vida es corta, nuestras tareas son muchas, nuestras oportunidades, infinitas: ganémoslo.

*Breve pausa.*

Y bien: dicen que el comunismo ha muerto. Yo os respondo: ¡no será así! ¡No será así mientras exista todavía ese mundo que ganar! Aunque sea como una vaga ideación, el comunismo no podrá morir mientras la parte sufriente del mundo siga intuyendo que el mañana irá mejor, mientras sea más deseable lo que está por conocerse que lo conocido. A quienes nos acusan no hay que convencerles de nada; pero sí debemos convencernos nosotros mismos. Engels y yo vimos peligrar nuestra obra una y mil veces. Han pasado dos siglos y aún, jóvenes y ancianos, comunistas como vosotros, nos tenéis como el mayor referente, como el mayor ejemplo de una lucha justa y libre. ¿Qué habría sido de esa lucha sin un ansia esperanzada de mañana? Y no sólo nuestra propia esperanza: nosotros nos propusimos darle forma a la del mundo entero.

*Pausa. Con la voz atragantada al principio, y después, pasional.*

¿Creéis acaso que no dudamos? ¿Creéis que no hubo momentos de flaqueza, de debilidad, de confusión, en los que nos planteamos si, de verdad, todo aquello conducía a alguna parte? ¿Sabéis lo que pasa por la cabeza de un hombre que carga con la muerte de tres hijos al ver a su mujer dando a luz otra vez? ¿Lo que siente sabiendo que está ligando el futuro de esa criatura al de una causa que quizá jamás vería cumplirse en vida? Y Jenny... permitidme, permitidme el inciso. Jenny: *(despectivo y burlón)* “la mujer de Marx”. ¡Jenny fue una revolucionaria, tanto como yo! Fue ella la que más soportó las calamidades de una vida de miseria, y jamás, ni una sola vez,

se dejó derrotar. Ella fue mi compañera y mi crítica más incansable. Fue ella la que, cada vez que me asaltaron la duda y el miedo me animó, me convenció a seguir con la lucha. Y si lo consiguió no fue porque ella me persuadiera. Esa entrega servil y sumisa que quiere reducir a la mujer a una mula resistente no pertenece a nuestro mundo, y ninguno de los dos lo hubiéramos permitido. Jenny fue para mí algo más simple y más grande: un ejemplo. Los comunistas necesitamos ejemplos.

*Breve pausa; mira al suelo. Pensativo. Descansa del arrebato.*

Disculpadme, camaradas, disculpadme si a veces divago... Pero nada deja de estar en relación. Si Friedrich y yo tuvimos fuerzas para seguir hasta el final, fue gracias a nuestros ejemplos. Mientras existan ejemplos para nosotros, el comunismo no habrá muerto. Sólo necesitamos eso para declararlo.

*Breve pausa. Emoción condensada; aun así, se mantiene frío y marcial.*

No desfallezcáis, camaradas, no penséis que nuestras ideas están derrotadas. A nosotros no nos está permitido fracasar. Hay que morir muchas veces para vivir un poco, nadie sabe eso mejor que el proletariado. Treinta años de retroceso no son nada, aunque eso depende de nosotros. Al fin y al cabo, ¡somos la vanguardia de trece mil setecientos millones de años de materia! La historia es mucho más grande que la estrecha porción que nos ha tocado vivir, por mucho que parezca no haber nada más allá de sus grises fronteras y de las ilusiones

que provocan. Y os lo digo yo, yo, que he vivido días en los que han pasado décadas enteras. ¡Precisamente por eso os lo digo!

*Breve pausa.*

Es indudable que hemos perdido una batalla, pero gracias a ello ahora sabemos que, de verdad, podemos ganar la guerra. ¿Acaso no es eso una victoria?

*Pausa. MARX, en la misma expresión meditativa que se sostiene durante todo el monólogo, queda mirando su pipa, absorto. La deja sobre la mesa y se levanta, con las manos cruzadas en la espalda, comenzando a andar en círculos. No sabría decirse si está reflexivo o, simplemente, melancólico.*

*Al público.*

Pero ahora, ¿qué hacemos?

*Breve pausa. Sigue andando.*

Sacudimos el mundo, de eso no hay duda... Podría decirse que nuestra teoría no soportó el peso de sus consecuencias. Algunos hablan como si hubiéramos estirado la historia hasta volverla un trapo muerto. Pero está claro que hicimos algo más que eso: nosotros nos la apropiamos... Luego están los que dicen que, después de todo este tiempo, lo que hay que hacer es olvidarse de intentar cambiar el mundo y volver a interpretarlo. (*Riendo irónico, con sorna*). Para ser sincero, entre que me hayan malentendido y me hayan tergiversado, prefiero lo segundo. Ya lo decía Engels: no hay nada peor que un oportunista honesto.

*Ríe. Breve pausa. Súbitamente agitado.*

Por favor... ¡No entienden, no comprenden nada! ¿Acaso le suena a esta gente la palabra praxis? Jamás he usado mi vida como argumento de autoridad, pero no ha habido ni un solo momento, ni uno, en que yo, “Marx el teórico”, “Marx el sociólogo”, el economista, y no sé qué mil cosas más, me haya dedicado exclusivamente a la interpretación. Tanto que les gusta reducir mi obra a una sucesión de anécdotas personales, ¡que se fijen, que se fijen! Desde mis tiempos en Colonia, en los días de la Gaceta Renana, ninguna palabra salió de mí sin ser concebida como un obús contra el viejo mundo. ¡Está en mis libros, en mis artículos, de mi puño y letra! Cuando una sociedad se cae a pedazos y no hay ningún poder que le pueda dar muerte, devastarla con la crítica es preparar la revolución: es la revolución en tiempos en los que la revolución todavía está ausente. Incluso pensadores burgueses que convivieron en nuestra época, tipos como Ruge, partían de un principio por lo menos cercano. Ruge, que editaba conmigo los Anales Franco-Alemanes, solía decirme: “Pensar es actuar”, y yo siempre le respondía: “entiéndeme, Arnold: pensar es actuar, ¡siempre que exista la voluntad de actuar y se le dé dirección!” En todo caso, al menos... al menos se respetaba la práctica. Eran otros tiempos, claro. Era un mundo en decadencia, pero todavía había que pulir su decadencia. Ahora estamos en ese punto en que la burguesía puede hablar de la superación del capitalismo y complacerse, como un goce irónico desde el que reírse de su propia destrucción. Como quien fantasea con fingir su suicidio sólo para asistir a su propio funeral...

*Breve pausa.*

Pero hay ejemplos. Lenin. Fijaos. La revolución del cinco había sucumbido. Su estertor se apagaba, irregular, en las últimas huelgas, cada vez más dispersas, siempre ahogadas a las pocas horas. La esperanza abandonaba a los últimos resistentes de aquel proletariado hasta poco antes todavía en armas. Sus fusiles habían sido silenciados por los lacayos del zar, la endeblez de la burguesía y el hundimiento de su vanguardia. Una vanguardia que huía en desbandada: rota, desorientada, amenazada por todos los flancos y asediada por el fraccionalismo. Y mientras, Lenin gastaba sus días de exilio entre Ginebra y Londres de biblioteca en biblioteca, perfeccionando unos conocimientos filosóficos que consideraba insuficientes. Y todo para publicar, un año después, *Materialismo y Empiriocriticismo*, una obra de combate clave en la lucha contra una y contra otra fracción. La primera piedra hacia la reconstitución del bolchevismo, de hecho.

*Breve pausa. Sentencioso. Toma, de entre sus libros, En torno a la Crítica de la Filosofía del Derecho. Agarra el libro y lo hojea agitada pero firmemente hasta que encuentra la página.*

“La teoría se convierte en un poder material tan pronto como se apodera de las masas”. Escribí esto con veintiséis años. (*Agitado*). Y hoy, con toda una historia propia detrás, no ya la burguesía y sus intelectuales, de los que sería una estupidez esperar nada, ¡sino los comunistas, la gran mayoría de los que se dicen comunistas!, no son capaces de entender esto. Que

cuando el saber deja de ser un fin para convertirse en un medio, camaradas, la crítica de la realidad se hace inseparable de su transformación.

*En este momento está cercano y de cara al público. Se da la vuelta, en silencio, y comienza a toser otra vez. Devuelve el libro a la mesa con desidia, toma el vaso de agua y termina de beberse.*

*Mirando el vaso, irónico e indignado, entre refunfuños.*

Malasombra... Saben de la tos que traigo y poco más que me dejan un mísero vaso de agua...

*Al público.*

¡Tomad nota de esto! ¡Hasta después de muertos os van a intentar acallar!

*Dejando el vaso sobre la mesa bruscamente.*

¡Y si puede ser, literalmente!

*MARX pide agua entre el público. Si nadie acude a su petición, se dirigirá de nuevo hacia la silla para sentarse en expresión exhausta. Justo antes de hacerlo, algún camarada que tendrá preparada, del modo que fuere, una botella de agua, se la entregará en mano a MARX. Sea el caso que sea, MARX volverá a sentarse tras recibir el agua.*

¡Oh! ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias, camarada! (Sirviéndose). Parece que todavía persisten algunos restos de comunidad.



*Ríe. Bebe. Breve pausa, pensativo.*

*(Sacando un pañuelo de su bolsillo). No obstante... (Pensativo. Empieza a limpiar la pipa, hasta ahora sobre la mesa, para empezar a fumarla a continuación)* hay que reconocer que todo esto tiene una parte de verdad. Es cierto que la burguesía ha venido proclamando lo mismo prácticamente desde que tuvo que hacernos frente a Engels, a mí, y a nuestra obra. Pero estas últimas décadas, desde que la URSS termina por caer, desde que el comunismo ha dejado de ser un referente para nuestra clase, cosa que es innegable y tenemos que reconocer... han estado celebrando su victoria –temporal– y cacareando más fuerte que nunca. “¡El socialismo científico ha muerto!”, dicen.

*Crecientemente enardecido.*

Y me traen hasta aquí, a este tribunal, como responsable de este crimen.

*Se levanta. Alza la voz y mira a su alrededor, como hablando a una autoridad superior a la que se respeta en el desafío.*

Pero aquí no hay juez, y, o somos todos testigos, o somos todos jurado.

*Calmando la voz.*

Yo, por supuesto, lo niego rotundamente. Niego toda acusación, niego que haya quien deba acusarnos. Pero, por otro lado... Por otro lado, creo que sí hay una pregunta que

debemos hacernos a nosotros mismos. ¿Sirve hoy en día el socialismo científico para transformar el mundo?

*Breve pausa. Tono de discurso.*

Camaradas, es sano y necesario recalcar que no hemos muerto. Pero estamos en un estado crítico, eso es una obviedad. El primer paso para sobreponerse a una derrota es reconocerla, pero no basta con eso: hay que estudiarla, hay que desentrañar todo lo que lleve dentro. Realmente, es un problema que me trae de cabeza desde hace ya mucho tiempo. Y no puedo evitar recordar una anécdota de juventud que viene muy a colación. Fue en nuestros años de Bruselas. Friedrich y yo nos habíamos entregado por completo a la redacción de *La Ideología Alemana*. Por aquel entonces ya teníamos un punto de partida común. Nuestra relación estaba muy consolidada. No ya en lo personal, que era excelente e indispensable para los dos, sino, más importante, en lo político, que siempre fue el vínculo que daba sentido y englobaba a todo lo demás. Fue una revelación descubrirnos mutuamente, conocernos, pero no lo tomábamos como producto de la casualidad o de nuestra semejanza. Ambos éramos muy conscientes de que la historia nos había puesto allí, de que era nuestro tiempo el que había hecho que coincidiéramos. Precisamente por eso era fundamental fundir nuestras perspectivas. Habíamos llegado a conclusiones muy similares, pero los dos veníamos de caminos diferentes. Engels provenía de un ambiente estrictamente religioso; yo había sido un ilustrado de nacimiento. Él se había formado en un riguroso pangermanismo –eso nunca lo abandonó del todo, Friedrich

fue un fiel romántico hasta el final—... ávido lector de economía política inglesa, sabio del socialismo de nuestros días, y firme seguidor de Hegel. Yo, por otro lado... ¡yo llevaba intentando darle la vuelta a Hegel desde los veinte años! (*Ríe*). Apenas conocía a Ricardo y a Smith hasta que Engels me introdujo a ellos. No obstante, yo estaba mucho más integrado entre la intelectualidad alemana del momento, pintoresca cuanto menos, por cierto. Para cuando nos conocimos, ambos habíamos pulido bastante nuestro punto de vista anterior, pero todavía nos quedaba pendiente conquistar una posición común, más o menos sistemática. Ese era el verdadero propósito de *La Ideología Alemana*. Por supuesto, ambos quisimos aprovechar ese estudio para comerle terreno a los jóvenes intelectuales alemanes, tanto materialistas vulgares como esos mesías de la autoconciencia. Pero, ante todo... ante todo se trataba de elaborar una nueva concepción del mundo. Nos dispusimos en cuerpo y alma a ello, derrochábamos energía por los cuatro costados, como los jóvenes que éramos. Dábamos por hecho que aquella obra sería el epitafio de la filosofía. Y cuando nos sentamos ante el papel... nos vimos abrumados. Estábamos desorientados, no sabíamos por dónde empezar. Estuvimos semanas enteras encerrados en el cuartucho que Friedrich había alquilado en el centro de Bruselas discutiendo una sola pregunta: ¿Qué es el comunismo?

*Breve pausa.*

*Deja la pipa en la mesa. De espaldas, acaricia sus libros con nostalgia y toma, de entre ellos, La Ideología Alemana. Se*

*volverá al público, tomando el libro entre las manos como si éste le pesara. No lo abrirá.*

“Nosotros llamamos comunismo al movimiento (*inciso*) real que anula y supera al estado de cosas actual”. Nos costó casi un mes dar esa definición. Y si creo de corazón que el socialismo científico no ha muerto, son esas palabras las que tienen la culpa. Por un solo motivo, camaradas: porque dotan al comunismo de la lógica de sus propias derrotas, y de su capacidad para integrarlas como algo necesario. Sólo unas páginas antes habíamos escrito que el espíritu, la conciencia, “nace con la maldición de estar preñada de materia”. ¡Esa frase basta para desmentir a todos los camanduleros que pretendieron y aún pretenden caricaturizarnos acusándonos de profetas! (*Agitado, inquieto. Deja el libro sobre la mesa, bruscamente*). ¡Intentar explicarle esto a un idealista era como intentar explicárselo a una cabra, y ciento setenta años después sigue siendo igual! La conciencia no sólo nace preñada de materia de antemano; también se preña de la materia que va creando conforme entra en contacto con el mundo y lo transforma. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo con el comunismo, que está hecho para la transformación? Con esa conclusión, Engels y yo sólo vinimos a decir una cosa: que el marxismo tiene una naturaleza práctica, que se transforma conforme transforma el mundo porque forma ya parte de ese mundo, y si se deja intacto mientras el mundo cambia de piel, al final quedará reducido a un montón de escamas inservibles, y todo lo nuevo se habrá evaporado antes de que nosotros podamos darnos cuenta. Nosotros mismos vivimos un ejemplo

que nos enseñó esto con pelos y señales. La Comuna de París. *(Vuelve a por la pipa)*. Engels y yo fijamos desde el primer momento la necesidad de una revolución violenta, de que el proletariado tomara el poder. Pero no fue hasta la Comuna que comprendimos que no bastaba con eso, que no era suficiente con tomar el poder, sino que debía destruir el poder de la burguesía e instaurar el suyo propio. La dictadura del proletariado. Habían pasado veintitrés años desde el Manifiesto, y hasta entonces no tuvimos la oportunidad de entender verdaderamente la naturaleza del poder para el proletariado y de desarrollar ese principio tan fundamental.

*Breve pausa.*

Las leyes de la revolución avanzan con la historia. Esa fue quizás, incluso más que cualquier otra, la lección más importante que nos dio el proletariado parisino en 1871. La historia fue a parar a un punto muerto, y en tres semanas los obreros de París demostraron ser igualmente capaces para hacer algo que a la burguesía le había llevado un siglo desarrollar. Fueron esas masas las que nos enseñaron a nosotros lo que es la dictadura del proletariado, aun con todas sus limitaciones. Salvaron la patria, guardaron el orden. El orden de su revolución. Al principio estábamos reticentes. Evidentemente, no era suficiente: sabíamos que la Comuna sucumbiría, que el proletariado no era aún lo demasiado fuerte, y eso escapaba a sus capacidades: era historia. Pero se atrevieron. Se atrevieron antes que nadie, y después no pudimos sino atrevernos nosotros también. Aquello no sólo fue un paso de madurez para la clase obrera; también lo fue

para el socialismo científico. Se atrevieron, y por atreverse, nuestra clase demostró que, a pesar de su infancia, no sólo era capaz de hacer lo que hizo la burguesía revolucionaria en su mayor esplendor, sino que era capaz de hacer más, y mejor. Aprendimos que el proletariado tiene que servirse de aquello que debe superar para hacerse capaz de superarlo. Y eso marcó un salto en nuestra teoría. Ahí está, ¡ahí está! Esa es la clave de la perpetuidad del socialismo científico: o se regenera, o muere. Para nosotros, la teoría y la práctica no sólo van de la mano: forman un todo superior. El marxismo es un autodidacta, nada le va a venir dado desde fuera, pero sólo eso va a garantizar su... pureza, por decirlo así: su validez. Sólo estudiando nuestras viejas experiencias podemos prepararnos para las que están por venir. Solamente analizando y criticando, no sólo los vicios del economicismo, sino también las rudimentarias condiciones en las que hasta entonces había tenido que trabajar la vanguardia rusa, Lenin fue capaz de esbozar esa forma de organización superior de nuestra clase: el Partido. Y sólo analizando y criticando los errores de 1905, los bolcheviques pudieron allanar los campos para el diecisiete. Sólo analizando y criticando la experiencia de la URSS, China pudo estirar la revolución mundial hasta las últimas consecuencias... De eso se trata todo. Crítica. Balance. Esa es nuestra gasolina.

*Breve pausa.*

El marxismo está hecho para no respetar, para sospechar de todo y, primero, de sí mismo.

*Tranquilamente, deja la pipa en la mesa. Mirada al frente, fija. Agitación in crescendo. Acercándose al público. Poco a poco, el camarada actor va modulando su voz y sus movimientos; de su imitación de Marx, pasa a un plano totalmente natural. El texto aquí es una base: aun conservando el contenido, la interpretación es libre y espontánea.*

Miradme, miradme a mí. Vamos, camaradas: miradme. (*Cara a cara al público: le coge las manos a alguien, se las aprieta y las suelta rápidamente*). ¡Tocadme, si hace falta! ¡Decidme si soy Marx! ¡Yo no soy Marx! Yo no soy Marx. ¿Qué tipo de chalado habría que ser para darme el nombre de lo que aparento? ¡Yo no soy Marx, soy un actor, de carne y hueso! ¡Un proletario! ¡Un proletario haciendo de Marx por una hora! Ni más, ni menos: historia hecha de carne, como él. Podríamos hacer de esto una convención: yo fingiría ser el actor, el maestro de Renania, el crítico, la ruptura; vosotros seríais el público, el espectador contento, el alumno, la sanción de la ruptura. Y después, todos nos iríamos a casa satisfechos, con la moral bien gorda, pensando que hemos presenciado un trozo de revolución. Podríamos haber salido a pasear nuestra bandera, a corear cuatro gritos, a pensar la próxima huelga: a lucir por la calle nuestra identidad, a cumplir con el papel de comprometido, de activista, como una formalidad más, igual de necesaria y de inútil que cualquier otra dentro de la colmena de formalidades que es este mundo; como quien da un paseo por el Retiro todos los domingos para coger sueño, dormir, y salir a trabajar al día siguiente. Pero, más tarde o más temprano, más allá del tiempo que queramos estirar la farsa,

poco a poco volveremos a nuestro ser real, poco a poco volveremos a atraparnos en la carne de nuestra verdad, y todas nuestras farsas serán un humo imaginado.

*Queda mirando fijamente al público y da un puñetazo sobre la mesa. Vuelve a la actuación.*

¡Eso es autocomplacencia! ¡No hay nada más peligroso para un comunista que la autocomplacencia, y el comunismo ya tiene demasiados autocomplacientes! Yo no estoy aquí para hacer de actor; no estamos aquí para ver una obra de teatro. ¿Para qué estamos aquí, si no es para la crítica? ¿Y qué es la crítica sino arrancar el velo de todo lo inconsciente y reconciliar la verdad con la revolución?

*Súbitamente, calma, baja la voz.*

¿Y cuál es ahora nuestra verdad después de cien años de revolución? Tal como yo lo veo, la revolución ha desgastado algunas de nuestras verdades. Eso es lo que hay que repensar: la revolución. Todos tenemos claro que no debemos abandonar la acción, pero no podemos esperar que la acción se renueve por sí sola. Si la conquista de la libertad depende de la libertad que tiene el proletariado para elegir, o no, si está dispuesto a conquistarla, la validez de la teoría se rige por la misma norma. Los grandes comunistas de todas las generaciones hemos tenido por regla sacar conclusiones de cada derrota y de cada victoria, y aplicarlas en el futuro. Pero ahora no nos enfrentamos a una batalla cualquiera, nos enfrentamos a una guerra de setenta años, a la que fue la primera fase de la última guerra. ¡Enteraos bien! No se trata



de abandonar la transformación del mundo para interpretar esta derrota; se trata de transformarlo en la medida en que vamos sacando conclusiones de ella; en la medida en la que, poco a poco, camaradas, nos vamos sobreponiendo. Mucho más peligrosos que los que cuestionan la práctica en el desaliento de la derrota son los que se niegan a reconocer que han sido derrotados y se sientan a esperar como devotos a que llegue la revolución, vendiendo el comunismo al primer postor, y sin pararse a pensar en lo que tienen detrás...

*De espaldas. Vagabundo, perdido; abstraído y divagante.*

Esos pueden seguir en su propia farsa... Al final, es la manera más fácil de vivir en un mundo en el que reina la mentira.

*Deambula con melancolía hacia una de las columnas como examinándola, rasgándola con cuidado; como si se dirigiese a ella y en ella se reflejase su propia figura.*

Creamos las farsas no sólo para hacer más soportable la verdad indeseada, sino también la mentira. Para cubrirla, para sustentarla con razón. Ningún otro animal tiene ese extraño vicio que tiene el hombre: verse sometido por sus propias ideaciones...

*Ayoyando la cabeza con suavidad y cansancio en la columna, cabizbajo, la aporrea con rabia contenida y marcha otra vez hacia la silla.*

Pero la mentira también es material, y las ideaciones también son materiales. Nada es tan hiriente como el poder material de la ilusión. Y la historia, ¿qué es, al fin y al cabo? ¿Cómo

podemos distinguir entre el sublime desfile de toda la existencia, y un simple mecanismo roto en la cabeza de los hombres? ¿Qué puede ser entonces falso? Claro está que la verdad no es palabra, es tierra; pero también la palabra nace de la tierra y termina por volver a ella. La ilusión es como un árbol que crece queriendo separarse de sus raíces, pero en realidad sólo despliega la esencia de lo que ya es. Y tarde o temprano, si nadie corta ese árbol, cae por su propio peso; se estampa contra la base, vuelve a fundirse con el suelo. Estamos condenados a lo real.

*Revitalizado, MARX vuelve a la meditación y da vueltas por el escenario. Excitado, simpático, casi riendo, al tiempo que incendiario.*

Si ese es el caso: ¡juguemos con lo real! ¡Transformemos lo real! ¡Probemos a desafiarlo! Al fin y al cabo, lo real es lo posible: ¿qué hay que temer? ¿Bajo qué autoridad, desde qué instancia se ordena este juicio? ¿Quién demostrará que existe todo este espectáculo si nos atrevemos a desterrarlo de la realidad? ¡Oíd! Si hay algún juez, si hay algún jurado, si es que acaso hay algún juicio, advertidos quedáis: la verdad no es, la verdad se impone; la verdad está en las manos y se demuestra venciendo.

*Acaba su discurso en un ataque de tos. Repentinamente cansado, MARX se sienta.*

Decidme entonces quién será el verdugo que vendrá a por mí. Que vendrá a por nosotros. Decidme: quiénes son los bárbaros que tanto esperamos...

*Breve pausa. Mira fijamente al público, casi juzgador.*

Nada nos ató tanto como un puñado de convicciones, nada ha matado tanto. Quizá haya que replantearse aquello de si la vida es sueño...

*Oscuridad. Enciende el candelabro, en una gran pausa. Pipa en mano, un MARX cabizbajo, mustio pero iluminado, comienza a recitar con cierta nostalgia, encorvado sobre sí mismo en la silla y de perfil al público.*

*¿Por qué trabajar, oh Hijos de Inglaterra,*

*para los dueños que oprimen?*

*¿Por qué tejer con esfuerzo y preocupación*

*los suntuosos mantos que llevan los tiranos?*

*¿Por qué penar así, de la cuna a la tumba,*

*para vestir, alimentar y salvar*

*a esos zánganos ingratos que quisieran*

*beber vuestro sudor e incluso vuestra sangre?*

*El grano que sembráis y el oro que descubris*

*se lo guarda otro.*

*Otro es quien llevará*

*el arma que forjáis y el vestido que tejéis*

*¡Sembrad grano y buscad oro que no sea*

*para el tirano, para el impostor!*

*¡Tejed, pero no para el ocioso!*

*¡Forjad esas armas, pero para vuestra defensa!*

*Breve pausa. Enciende su pipa prendiendo una cerilla del candelabro. Fuma, tose, y continúa fumando. La luz vuelve de golpe; apaga el candelabro con un soplo.*

Descubrí este poema con dieciséis años y desde entonces no he parado de volver a él. Día, tras día, tras día... Shelley era un gigante. Fue sin duda mi primer contacto con el mundo. Intenté imitarle siempre, pero creo que soy un ejemplo de que a veces a los genios hay que dejarlos en paz. (*Ríe*). Cuando todavía éramos unos chiquillos, le escribía poemas a Jenny a diestro y siniestro, le atosigaba. Ella siempre me decía que le encantaban. Luego, conforme fui implicándome en la causa de forma más militante, dejé de escribir. Pero entonces, un día –recuerdo que estábamos en París–, me dio por volver a probar suerte. Y cuando le di a leer a Jenny lo que había hecho, me respondió: “Karl, es horrible”. Claro, yo me quedé pasmado. “Pero, Jenny, si siempre fuiste tú a la que más le gustaban mis poemas”. Evidentemente, no era así. Pero me dijo que, de todas formas, a ella le conmovían igual. Que lo que les faltaba en calidad lo tenían en sinceridad. Al fin y al cabo, eso de la calidad artística no deja de ser un estándar burgués

bastante relativo... (*Ríe*). Desde entonces, Jenny y yo volvíamos a leer de vez en cuando los poemas que le dedicaba cuando era joven y nos reíamos mucho. Yo mismo reconozco que eran horribles, vaya. Friedrich prefería no opinar; creo que se tomaba más en serio que yo el destino de la cultura. (*Ríe*). Con el tiempo, volví a escribir. De manera muy irregular, pero volví. A veces, entre tantas y tantas batallas, es sano para el alma poner la mente en blanco y pensar solo... en ella misma, en el alma. O no pensar en nada. Escupir cuatro palabras y volver a cargar el fusil. Engels siempre decía que, en el comunismo, la sensibilidad nos liberará del arte. Y quiero pensar que será así. Quiero pensar que sí, que en el comunismo la sensibilidad nos liberará del arte; que el arte no es más que un hueco vacío donde rellenar un amor directo por la vida que no puede ser mostrado sin entrar en contradicción con el mundo; una forma falseada, estricta y doctrinaria de la pasión humana. Quiero pensar que en el comunismo podremos no sólo organizar la vida desde la conciencia, sino también acercarnos a ella desde el corazón sin el peligro de exponerse, o devastarse, o la necesidad de crear un artificio. Que podremos romper al final el vaso del arte o del amor, y todas sus barreras, y derramarnos como un agua por la existencia. En fin, divago...

*Breve pausa. Melancólico y agotado. Se levanta para apoyarse en una esquina de la mesa.*

Era refrescante. Dedicar un minuto a la sensibilidad. Quién sabe cuántos grandes revolucionarios habrían salido de entre las ingentes masas proletarias si hubieran tenido un minuto al día para dedicarse a su espíritu.

*Breve pausa.*

Al leer ese poema de Shelley, algo removió mi conciencia y la hizo inseparable de la tierra. Y desde entonces hay un pensamiento que ha sido para mí una inspiración muy recurrente. Que en cada cosa que acaba en nuestras manos, en cada trozo de mundo, está sellada la huella de un obrero que lo hace inseparable de todo lo demás. Que cada vez que toco, mismamente, este chaleco que llevo puesto, (*se toca y enseña la prenda*) estoy deslizando mis manos sobre el tacto pasado de otras manos proletarias; otras manos que pusieron en marcha el telar que ha hecho esta obra; otras manos que terminaron de darle forma impregnando aquí un instante de su vida perdido para siempre, y que en algún punto se cruzan con las mías. Y que este punto medio que nos une, la mercancía, es también lo que nos separa.

*Breve pausa.*

El proletariado sólo posee la propiedad de no tener. Es precisamente eso lo que da sentido a la extraña cualidad que lo define: sin que nada pueda pertenecerle, todo lo que existe en este mundo se remite a él. Podrá estar desarmado, humillado, olvidado y amnésico, pero algo incuestionable reside en su naturaleza, y es la regla de esa sangre que habita el capital: es universal.

*Breve pausa.*

Hoy estoy aquí porque se me acusa de un tercer crimen, y es sin duda la acusación más infame de las tres. Dicen que la clase

obrero ha muerto. Eso fue quizás lo más doloroso a lo que he tenido que enfrentarme al vernos caer. Antes que armas, la revolución necesita voz, y hace ya tiempo que nos quedamos mudos. La burguesía y el oportunismo proclaman la disolución del proletariado mientras le obligan a existir. Pero esto recae en nosotros, camaradas...

*Se levanta. Deja la pipa en la mesa y vuelve a por su chaqueta, que colgará de su mano al hombro.*

Es responsabilidad nuestra. Engels y yo descubrimos casi al mismo tiempo las posibilidades de una clase que no era otra cosa que un retrato en negativo de toda la sociedad; la realidad bajo una realidad deformada en su apariencia, que podría al fin hacer sociedad la verdad revolucionaria. Como el Atlas que sujeta la Tierra, la clase obrera es aquello que no se ve y existe más que ninguna otra cosa. Es más que una clase esclava: es el soporte de un mundo incapaz de contestar a sus contradicciones, es todos sus huecos vacíos, es lo que se esconde detrás de cada una de sus preguntas sin respuesta, de sus poderes sin rostro. Lo que necesita el proletariado es ser verdad otra vez; demostrarlo. Pero no como mero obrero, no como mero trabajador; no queremos una identidad condenada a resistir. Resistir no es vencer, resistir es resistir. El proletariado debe volver a ser no el espejo del mundo sino su martillo; no sólo la última clase, sino también la primera humanidad. Engels y yo jamás concebimos al proletariado como una masa sufriente sino como el germen de una nueva civilización. Desentrañamos su papel en la historia, y ejerciéndolo, y renovándolo y rejuveneciéndolo, ha hecho la

vida brillar. Es triste tener que decirlo, camaradas: pero allá donde perviva una opresión de cualquier forma, mientras existir todavía desmerezca, jamás podrá decirse que la clase obrera haya muerto. Somos más que desheredados, somos más que un recuerdo con olor a viejo: somos abstracción hecha carne; el signo de que el viejo mundo tiene que morir, y su único verdugo. Tan pronto como ha muerto la revolución, tan pronto como se ha separado del proletariado, ha muerto, en apariencia, todo aquello que éste debía negar, empezando por sí mismo. Reconquistar la ideología revolucionaria es también empezar a reconquistar la independencia de nuestra clase. El proletariado sólo volverá a existir ante los ojos de la burguesía una vez que esta sea consciente de que, de nuevo, su mundo está en peligro. Pero esta vez, sólo podremos entrar en la batalla con las armas para la victoria: partiendo de que, porque existimos, no queremos existir así; de que queremos ser más, de que queremos ser todo. El futuro es lo único que tenemos porque no se puede tener; porque nadie nos lo puede quitar. Se decide o no se tiene. Y ahí está la clave de todo. El proletariado, que nace libre de todo, de toda propiedad, de toda aspiración para este mundo, nace también libre de sí mismo: libre para elegir su propio destino. La libertad que le condena en la sociedad capitalista sólo es el germen para la verdadera libertad: la de liberarse de la historia; la de superarla, la de hacerla y no padecerla. Para el capital sólo existe el presente; para nosotros sólo es el espejismo en que se vive estancado ante un futuro que no termina de llegar. Pero el presente, camaradas, es tan frágil que ni existe. Lo queramos o no, nosotros estamos sentenciados por la libertad:



de nosotros depende forjar en ella nuestras cadenas o nuestro destino. Pero si es, ese destino sólo será consciente y voluntario. Porque el futuro que le resta a la humanidad es demasiado grande para no pertenecerle. Eso es el proletariado, eso es la humanidad.

*Profundo, crecientemente enardecido.*

Y por ahora, antes de poder afirmar que todo es nuestro, la suprema libertad del ser humano consiste en decir no: decir no al falso amigo de un camino supuestamente ya trazado, decir no a la reducción del hombre a un simple reflejo, decir no a seguir pasivamente los caprichos de un medio hostil. Decir no a toda fe, divina o secularizada, que mantenga viva la idea de una utópica realidad libre de contradicción, libre de desgarramiento.

*Se acerca al público, se empapa de él y ya, desatado, le invoca, volviendo a sus viejos días militantes.*

Pensamos que la historia debía juzgarnos, sólo porque aún no contábamos con la experiencia para conocer el potencial de nuestra libertad. Ahora lo hacemos, y podemos afirmar resueltamente que es a nosotros a quien nos toca juzgar la historia.

*Señalando al público entero.*

¡Aquí, aquí están todos los jueces de la historia! ¡Aquí está el único verdugo! ¡Saltad de vuestras butacas, quemad el suelo, irrumpid en el escenario y arrancad el telón! ¡Rebelaos contra mí! ¡Rebelaos contra el teatro de la historia!

*El camarada actor se reintegra rápidamente en el público; nada de saludos ni ceremonias burguesas (por supuesto, todos le felicitaremos después). Todo el mundo queda aplaudiendo alrededor del escenario vacío. En realidad, sólo nos podemos aplaudir a nosotros mismos. Vivas al marxismo-leninismo y a la reconstitución ideológica y política del Comunismo.*

*Suena La Internacional Comunista. Todo el escenario en la penumbra. Iluminada, únicamente, la bandera roja.*



«Cuando una sociedad se cae a pedazos y no hay ningún poder que le pueda dar muerte, devastarla con la crítica es preparar la revolución: es la revolución en tiempos en los que la revolución todavía está ausente.»



**Ediciones Línea Proletaria**  
reconstitucion@tutanota.com  
www.reconstitucion.net